

Humanistas italianos y cronistas de Indias. Una relación de amor odio

Javier Molina Villeta

Universidad Nacional Autónoma de México

molyfirenze@hotmail.com

ORCID: 0000-0001-8115-8499

Recepción: 08/02/2025, Aceptación: 21/04/2025, Publicación: 19/12/2025

Resumen

El objetivo de este artículo es analizar comparativamente y desde una perspectiva histórica y retórica la relación entre los humanistas italianos y los cronistas de Indias. Nos centraremos en la influencia que tuvieron las obras de los milaneses Pedro Martir de Anglería y Paolo Giovio en dos de los autores más influyentes del siglo XVI: Gonzalo Fernández de Oviedo y Francisco López de Gómara. En este trabajo desentrañaremos los modelos historiográficos de dichos autores, analizaremos el sentimiento antiitaliano que alimentó sus textos y exploraremos la dimensión colectiva y heterogénea de sus obras, un nexo entre la historiografía del renacimiento y la futura crónica de Indias.

Palabras clave

Humanismo italiano; cronistas de Indias; Francisco López de Gómara; Paolo Giovio; Gonzalo Fernández de Oviedo; Pedro Martir de Anglería.

Abstract

English title. Italian humanists and chroniclers of the Indies. A love hate relationship. The objective of this article is to analyze comparatively and from a historiographical and philological perspective the relationship between Italian humanists and chroniclers of the Indies. We will focus on the influence that the works of the Milanese Pedro Martir de Anglería and Paolo Giovio had on two of the most influential authors of the 16th century: Gonzalo Fernández de Oviedo and Francisco López de Gómara. In this work we will unravel the historiographic methods and models of these authors, we will analyze the anti-Italian feeling that fueled their works and we will explore the collective and heterogeneous dimension of his works, a link between the historiography of the Renaissance and the New Spain chronicle.

Keywords

Italian humanism; chroniclers of the Indies; Francisco López de Gómara; Paolo Giovio; Gonzalo Fernández de Oviedo; Pedro Mártir de Anglería.

Introducción

En marzo de 1493, cuando Cristóbal Colón regresó a la península ibérica de su primer viaje transatlántico, sus diarios de a bordo fueron publicados en Barcelona y provocaron gran curiosidad. Sin embargo, fue el *Mundus Novus* (1503) de Américo Vespucio el que captó de forma contundente la atención de los humanistas; y por ello fue traducido al latín en 1504 y difundido por Europa. Tal fue la fama del texto, que en 1507 el cartógrafo alemán Martín Waldseemüller decidió bautizar América al nuevo continente, en honor al florentino. Como recuerda David Brading (2019: 30-31), Vespucio era poco más que un simple aventurero; su mérito fue esencialmente literario y su suerte, la de haber sido traducido al latín y divulgado entre los eruditos europeos. Su prosa renacentista, sencilla y emotiva, narraba una odisea a lo desconocido que recordaba a la fábula de Ulises. Sin duda, fue la épica humanista la que dio nombre al continente.

En este trabajo nos proponemos profundizar en los modelos italianos que influyeron en dos de los cronistas de Indias más discutidos e influyentes: el madrileño Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) y el soriano Francisco López de Gómara (1511-1559). A través de un análisis comparativo, trataremos de desentrañar la compleja relación que les unió con dos importantes humanistas milaneses: en el caso de Oviedo, Pedro Mártir de Anglería (1457-1526); en el caso de Gómara, Paolo Giovio (1483-1552).

Como veremos, los cronistas de Indias no siempre fueron doctos latinistas, pero a la hora de escribir sus textos se basaron en los relatos grecorromanos.

nos popularizados en la prosa del humanismo italiano. A través del estudio de las crónicas de Indias de dichos autores y sus precedentes italianos, elaboraremos un análisis comparativo que permitirá desentrañar algunos aspectos del complejo mundo de relaciones cruzadas entre Italia y la Monarquía Hispánica. Nos proponemos, en definitiva, tratar de responder a las siguientes cuestiones: ¿A qué se debe la fobia antiitaliana de Oviedo y de Gómara? ¿De qué manera se relacionaron con los italianos Pedro Mártil de Anglería y Paolo Giovio? ¿Cómo se insertó el modelo humanista en el relato del descubrimiento y la conquista de América? ¿Qué resultados tuvo en cada caso? Nuestra hipótesis inicial apunta a que la obra de Mártil de Anglería marcó las bases del futuro relato indiano y la de Giovio inspiró el ejemplo más exitoso, el de Gómara. Aunque la presencia de Italia es mucho mayor en la crónica de Oviedo, la obra del soriano es la que encarna de forma más nítida el modelo humanista italiano.

Si bien la hegemonía cultural italiana durante el siglo XVI es innegable, son muchos los autores que han complejizado este periodo de la historia atendiendo a los renacimientos presentes en varias monarquías europeas que recrearon y resignificaron los modelos italianos e intercambiaron ideas y saberes.¹ La novedad que representó la crónica de Indias reside en que los autores se centraron en un Nuevo Mundo que se integró en la corriente de la historia universal. Dicho relato fue construido con el objetivo de narrar conquistas superiores a las del resto de los imperios y señoríos europeos del presente y del pasado.

Los modelos retóricos del humanismo, elaborados por autores como Nicolás Maquiavelo, Francesco Guicciardini o Paolo Giovio, establecieron un modelo de composición italianizante caracterizado fundamentalmente por la preponderancia de los hechos políticos y las pasiones personales como motor histórico y la imitación de los modelos grecolatinos en estilo y erudición.² Como ya había expresado Maquiavelo (2013, ed. Enaidi: 4), una de las grandes aficiones de los humanistas del renacimiento fue el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendidas gracias a “una lunga esperienza delle cose moderne e una continua lezione delle antiche”. No será otro el espíritu narrativo de los cronistas de Indias.

Algunos de los humanistas italianos citados fueron la mayor fuente de inspiración de los cronistas e historiadores castellanos como Oviedo y Gómara. Las crónicas de estos dos autores, conocedores de la cultura italiana y al mismo tiempo defensores acérrimos del Imperio español, fueron esenciales en

1. Vid. Delumeau (1993); Burke (1998); Burke (2016); Tallon (2006); Pérez (2013); Ríos Saloma (2019).

2. Uno de los rasgos característicos de esta historiografía fue la presencia de discursos puestos en boca de personajes (a la manera de Tucídides y más tarde, de Polibio, Plutarco y Suetonio entre otros). Vid. Gilbert (2012).

la constitución del relato de la conquista y en la configuración de lo que O'Gorman denominó "el ser de América" (1995). A través de sus textos, el modelo historiográfico italiano será imitado y reproducido por otros muchos cronistas de Indias.³

Es importante comenzar con un análisis historiográfico y filológico de la compleja relación entre el humanismo italiano y los cronistas castellanos; en las tensiones intrínsecas de este conflicto encontraremos las claves para entender la ambigua actitud de los cronistas con respecto a sus modelos y precursores históriográficos.

La compleja relación entre los humanistas italianos y los castellanos

Uno de los pilares que consolidó la Monarquía Católica a partir de finales del xv fue el discurso histórico: los cronistas e historiadores se convirtieron en mediadores entre el pasado y el presente destinado a superarlo. Ya en 1492, el humanista español, Antonio de Nebrija (2014, ed. Academia Mexicana de la Lengua: 3), afirmó que "la lengua siempre fue compañera del Imperio". La historia y la conquista, desde los tiempos griegos y romanos, se desarrollaban al unísono; las narraciones históricas permitían que las hazañas imperiales no cayeran en el olvido. La crónica de Indias fue el principal instrumento de propaganda de la Monarquía Hispánica en la conquista y colonización de América. Los cronistas, en un arrebato de patriotismo imperial castellano, pretendieron elaborar un relato de héroes que superarían a los descritos en los relatos grecolatinos.

Aunque los italianos fueron los pioneros indiscutibles, la difusión de la cultura humanista no solo se produjo en la patria de Dante y Maquiavelo; el siglo xvi español asistió al redescubrimiento, edición y proliferación de los clásicos y a la edición de obras cuyo modelo fueron los autores grecolatinos (Molina Villeta 2024). Cierta historiografía consideró que el Renacimiento español fue escaso y tardío (Highet 1949 y 1954),⁴ sin embargo, investigaciones actuales han demostrado que los círculos humanistas castellanos gozaban de plena salud ya en el siglo xv e inicios del xvi.

3. Autores como Juan Ginés de Sepúlveda, José de Acosta, Juan Cano, Alonso de Zorita, y Antonio de Herrera, entre otros, partieron de las obras de Oviedo y Gómara para desarrollar sus obras. Véase Iglesia (1980).

4. Una de las primeras respuestas a Highet fue la que elaboró en 1951 María Rosa Lida de Maikel. Véase Lida de Maikel (1975). Posteriormente, Luis Gil (1984) elaboró un completo panorama del humanismo español y de sus autores. Uno de los estudios más pormenorizados y brillantes sobre el humanismo español es el de Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, primeramente, aparecido en francés en 1937 y más tarde traducido y ampliado en 1956 (Bataillon 1956). Algunas de las obras imprescindibles sobre el humanismo español son las siguientes: Yndurain (1994), Cuart (2004), Fontán (2008), González Sánchez (2007), Gómez Redondo (2012), Pérez (2013), Kagan (2018), González, López y Ruiz (2018).

A partir del siglo XVI, el entusiasmo que provocó el descubrimiento y la conquista de las Indias revalorizó en España la historia moderna por encima de la antigüedad. Fueron varios los autores españoles de la Edad Moderna que consideraron las hazañas de Cortés superiores a las de personajes como Julio César, Alejandro Magno, Escipión, Nerón, Hércules, Ulises, Aníbal y Ciro entre otros personajes históricos de la antigüedad clásica (Maravall 1966: 232; Reynolds 1962: 259-271). Dicho sentimiento fue también una revancha contra el desprecio que muchos humanistas italianos habían mostrado hacia España. Hay que recordar que una figura de primer orden en el temprano renacimiento, Giovanni Boccaccio (1313-1375), consideraba a los españoles semi-barbaros (Merriman 1912: XXXVIII). En 1504, el secretario del embajador veneciano en España Angelo Trevisan, señaló las “fechorías cometidas por los españoles” en el Nuevo Mundo (Symcox y Formisano 2002: 123). Tanto él como otros italianos, absolvían a su compatriota Colón, pero condenaban a los españoles como saqueadores sedientos de oro (Fletcher 2021: 151). Alessandro Geraldini (1455-1525) consideraba al navegante un explorador “santísimo” mientras que denunciaba al resto de castellanos por haber matado a “más de un millón de habitantes” (Symcox y Formisano 2002: 133).

El ejemplo más nítido de antihispanismo es el del célebre historiador como Francesco Guicciardini (1483-1540), quien fue embajador en Aragón de 1512 a 1513, viajó por la península durante estos años y dedicó a los españoles uno de los textos más viscerales. Merece la pena reproducir un fragmento especialmente hiriente:

Los hombres de esta nación son sombríos y de tez adusta; de color moreno y de pequeña estatura (...) exaltan mucho las cosas propias, ingeniándose por aparentar cuanto pueden (...) les parece que ninguna nación se les puede comparar. Aman poco a los extranjeros y los tratan con villanía (...) La pobreza es grande y no creo que sea tanto por la naturaleza de la tierra como porque no quieren entregarse a cultivarla (...) Debe proceder de la pobreza ser miserables por naturaleza (...) Son, por tanto, muy avaros y, como no tienen ninguna actividad, están siempre dispuestos a robar (...) No son dados a las letras, y no se encuentra en la nobleza ni en otros estamentos conocimiento o noticia alguna, o muy pequeño o en muy pocos, de la lengua latina (...) Esta nación ha estado oprimida hasta nuestros tiempos, y con menos gloria y dominio que cualquier otra nación de Europa (...) los escritores antiguos la alaban más bien por su fiereza en tomar las armas y suscitar la guerra que otro pueblo cualquiera. Tito Livio los llama gente nacida para atizar la guerra (Valla 1989, ed. Alianza: 237-242).

Como vemos, el italiano afirmó, entre muchos otros agravios, que los españoles “no son dados a las letras”, sino a “atizar la guerra”. La fama de gentes aguerridas y poco cultivadas persiguió a los castellanos durante todo el siglo XVI y se exacerbó tras las conquistas de la Nueva España y el Perú. Las apologéticas crónicas de Indias tuvieron una contraparte muy crítica en Europa, cuyos mo-

narcas e historiadores estaban más interesados en representar la tiranía y los abusos de los españoles. Fue este el caldo de cultivo de lo que dos siglos después se denominaría la leyenda negra antiespañola.⁵

Cierta historiografía ha tomado la parte por el todo y ha llegado a afirmar que los humanistas castellanos quedaron resentidos contra los italianos por declaraciones como la de Guicciardini (Tate 1970). Sin embargo, al menos durante finales del siglo xv y las primeras décadas del siglo xvi, la política de los reyes católicos y de Carlos V se caracterizó por la atracción del talento italiano. Hubo numerosos casos de respeto y de admiración mutua, como el que representa la actividad de los profesores italianos de la Universidad de Salamanca, Nicolao Antonio (de 1465 a 1473), Pomponio de Mantua (desde 1473 a 1485) y sobre todo el siciliano Lucio Marineo Sículo (de 1485 a 1497), autor de un texto muy elogioso con respecto a España (Stelio Cro 2004: 24-25) y a la reina Isabel: *De Hispaniae Laudibus* (1497, traducido al castellano en 1539). Los reinos que Guicciardini había visitado en 1512 y 1513 se convirtieron a partir de la década de 1520 (y sobre todo tras la conquista de Tenochtitlán de 1521 y la derrota francesa en Pavía en 1525) en el imperio más grande y rico de Europa.

Quizás el ejemplo más representativo del encuentro e intercambio cultural italo-español fue la amistad entre Pedro Mártir de Anglería, milanés enamorado de España, y Antonio de Nebrija, un castellano formado durante diez años en Italia (Camillo 1988: 55-108). La íntima relación entre ambos ejemplifica el intercambio cultural y la implantación de los ideales del humanismo italiano en la cronística castellana (Cro 2004: 29-36).

Este incipiente pero fecundo acercamiento cultural entre humanistas castellanos e italianos se vio afectado por acontecimientos posteriores, como el terrible *saco* de Roma (1527), que no hizo sino aumentar el resentimiento antihispano por parte de muchos humanistas italianos. El saco fue la expresión de la ponzona acumulada durante decenios, una mezcla de envidia y resentimiento que explotó, provocó destrozos de bibliotecas e innumerables manuscritos y supuso una muerte momentánea del humanismo. Carlos V acudió a grandes cronistas para salvar su responsabilidad, pero no pudo salvar la fama de los españoles (Valdés 1850: 401-402). Para John H. Elliott, el efecto psicológico del éxito español se reflejó tanto en la actitud altiva y arrogante de los castellanos como en las reacciones adversas de los súbditos europeos, que primero les tacharon de altaneros y después llegaron a odiarles y a condenarles como bárbaros destructores y opresores de los pueblos inocentes de América (Elliott 2007: 28-29).

5. Durante el siglo xvi el texto más beligerante hacia los conquistadores escrito en España fue la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de Las Casas. Los títulos de las traducciones europeas de esta obra hablan por sí solos: el francés *Tyrannies et cruautés des Espagnols perpetrées e's Indes Occidentales* (1579), el italiano *La libertà pretesa dal supplica schiavo indiano* (1640) o el inglés *The tears of the indians* (1656). Véase Bennasy-Berling (2021: 771).

¿Estaba justificado el encono y el sentimiento de superioridad italiano? En palabras del francés Jacques Lafaye (2005: 181-182), “Italia era otro planeta en comparación con el resto de Europa”, y por ello los franceses y españoles quedaban deslumbrados cuando la visitaban, aunque fueran vistos y minusvalorados como “bárbaros” por los petulantes humanistas. Hay que recordar que del siglo xv al xvii el italiano fue la lengua más influyente entre los humanistas y el común denominador entre estos fue el de haber instaurado la cultura de la antigua Roma como arquetipo “de valor eterno”; en palabras de Lafaye (2005: 35), “haber inventado el Clasicismo” como modelo de referencia permanente. La proliferación de mecenas, traductores e imprentas en el norte de Italia⁶ posibilitó la nueva edición de los textos griegos y romanos. A este fenómeno se le sumó el advenimiento de un papa florentino, Giovanni de Medici, que con el nombre de León X (1513-1521), inauguraría lo que se ha denominado “la edad de oro” de los humanistas (Chabod 1990: 206). El papa nombró secretario de los breves pontificales a Pietro Bembo, partidario de la imitación estricta de la obra de Cicerón (Bembo y Della Mirandola 2017, ed. Idea). Resaltamos este detalle porque, como veremos, fue clave de cara a la composición del modelo historiográfico humanista tanto en Italia como en España y América.

Los humanistas del xv y xvi seguían viendo el latín como signo de identidad de la República de las letras y se empeñaron en imitar a sus antepasados “en elocuencia y erudición” (Ríos Saloma 2019: 420). Los castellanos no sólo imitaron a los clásicos de la antigüedad, también a los mismos italianos: de la misma forma que Garcilaso se basó en Petrarca y Bembo, Oviedo siguió los pasos de Mártir de Anglería y Gómara reprodujo el modelo del milanés Paolo Giovio. Pero, como veremos, en el caso de Oviedo y Gómara, no se trató de un mero caso de imitación: pretendieron expresar la superioridad del Imperio Español sobre la cultura, el legado y la historia italiana. Los cronistas de Indias fueron los encargados de exponer ante el mundo que habían superado, no solo a los reinos europeos coetáneos, sino incluso a los más grandes guerreros de la antigüedad.⁷

6. Un mapa reproducido en la obra de Lafaye, *Por amor al griego*, ubica las principales ciudades con imprenta. Sólo en el norte de Italia figuran Florencia, Bolonia, Venecia, Milán, Turín, Vicenza, Ferrara, Génova, Mantua, Moderna, Padua, Pavía, Picacenza, Pisa y Verona. La mayor concentración de Europa (Lafaye 2005: 448).

7. Gómara (2021: 13) afirmó lo siguiente: «Nunca nación extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan lejos por mar y tierra, las armas a cuestas». Para Oviedo (1853: 97), Cortés fue más grande que Julio César, pues este «ovo sus batallas e victorias en provincias e partes pobladas e proveídas e de las mejores del mundo, en compañía de sus proprios e muchos romanos» mientras que Cortés combatió en un ambiente desconocido y hostil, «en un mundo nuevo o tan apartadas provincias de Europa, e con tantos trabajos e necesidades e pocas fuerzas, e con gente tan innumerable e tan bárbara e belicosa e apacentada en carne humana»

Mártir de Anglería y Fernández de Oviedo: el complejo de inferioridad castellano

Pedro Martir de Anglería (el nombre castellanizado de Pietro Martire d'Anghiera), refleja en su trayectoria biográfica y en su obra, la combinación tan especial e influyente que resultó del humanismo italiano y la crónica imperial castellana. Nacido en Arona en 1457, el milanés creció y se formó en contacto directo con el humanismo italiano. Durante sus años romanos, su alumno de latín Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla y embajador de España ante el papa, le invitó a seguirle hacia la corte de los Reyes Católicos. Llegó en 1484, en la etapa final de la lucha de ocho siglos contra el poderío musulmán. Impresionado por el ambiente de cruzada, se alistó como caballero en el ejército cristiano que tomó parte de la conquista de Granada y declaró su pasión pro-castellana en una carta al confesor de la reina: “Tengo intención, mientras los años me lo consientan, de empuñar las armas en tan justa y piadosa guerra” (Mártir 1953, imp. Góngora: 16). Tras la caída de la ciudad en 1492, la reina Isabel le contrató como profesor de latín de la nobleza castellana, labor que compaginó con su frenética actividad como diplomático y funcionario en el Consejo de Indias. Entusiasmado ante la noticia del descubrimiento de Colón, compuso —en sus escasos ratos libres— una serie de epístolas que formaron la primera obra sobre la odisea americana, el *Oceani decas*, cuyo borrador llevó a Venecia y fue publicado en su traducción al dialecto veneto en 1504. El original latino, sin embargo, fue publicado siete años después por el humanista castellano Antonio de Nebrija en 1511 con el título de *De Orbe Novo* (Mártir de Anglería 2004, Alción ed.).

Mártir de Anglería fue un enamorado de España y halló en Granada su residencia idílica. Como declaró en sus cartas, prefería dicha ciudad a Venecia, a Milán, a Florencia e incluso a Roma (Mártir 1953, imp. Góngora: 178-180). Se relacionó con el citado cronista siciliano Lucio Marineo Sículo, profesor de latín y gramática en Salamanca de 1485 a 1497, y emprendió la tarea de educar a la aristocracia castellana y convencerla de la ventaja de las letras sobre las armas. A pesar de que pudo comprobar el carácter “bullicioso” y “frívolo” de los jóvenes nobles españoles, consiguió que estos se inclinaran poco a poco “hacia las letras” (Mártir 1953, imp. Góngora: 212). Llegó a admirar y a preferir la unidad imperial de España a la Italia desunida y bajo la constante amenaza de dominación extranjera (Cro 2004: 18-19).

La obra de Anglería parte del método historiográfico de Leonardo Bruni Bruni (1476) y sus discípulos Lorenzo Valla y, sobre todo, Pomponio Leto (1474 y 1499). Su crónica heredó los rasgos más comunes del humanismo italianizante: la alusión a los clásicos grecolatinos, la función política legitimadora, la retórica moralizante, la presencia de la voluntad individual, la presencia de protagonistas heroicos y la construcción de discursos encaminados a engrandecer a los personajes retratados (rasgo muy común en la obra de Salustio, *Guerra de Yugurta*). Al mismo tiempo, es notoria la influencia que tuvo sobre Mártir la obra de su amigo

Lucio Marineo Sículo, *De Hispaniae Laudibus* (1497),⁸ obra que fue publicada cuando Mártil estaba escribiendo sus Décadas. La selección que elaboró Sículo de las cosas “memorables” y dignas de ser sabidas por doctos y curiosos, es el preámbulo castellano de los catálogos de novedades maravillosas tan presentes en la crónica de Indias (Tate 1970; Egío 2015: 125). Ambos autores, a pesar de ser italianos, ensalzaron el modelo político de los Reyes Católicos.

Mártil de Anglería fue uno de los enlaces que conectó el mundo de los latinistas con el de los cronistas castellanos que narraron los primeros acontecimientos del descubrimiento y conquista de América. Sus *Décadas del Orbe Novo* (escritas entre 1494 y 1526) ya contenían los rasgos citados que determinaron la crónica de Indias. Quizás el elemento que más le separó de la retórica humanista italiana fue el estilo providencialista. En su dedicatoria al rey Carlos, Mártil (1989, ed. Polifemo: 5) escribió:

Desde que la Providencia divina quiso crear el universo, reservó el que fuera conocida la inmensa extensión del mar occidental hasta estos nuestros tiempos en que ha sido descubierta para ti, Rey poderosísimo, bajo los felices auspicios de tus abuelos maternos (1989: 5).

Sus *Décadas* son uno de los primeros discursos historiográficos que legitimó al rey sobre las nuevas tierras. Sin embargo, hay que apuntar que se trata de un relato sucinto y escrito con excesiva premura. En su década última y octava, escrita poco antes de morir, él mismo reconoció que había escrito su obra precipitadamente y sin demasiados preámbulos —“todo lo escribo deprisa y casi en confuso”— (Mártil 1989, ed. Polifemo: 89) e incluso insinuó que las glorias de España merecían un escritor más capacitado:

Grandes alabanzas merece en estos nuestros tiempos España (...) y a los que tienen ingenio les ha suministrado amplia materia de escribir, a los cuales yo les he abierto el camino, colecciónando estas cosas sin alijo, como ves, ya porque yo no sé adornar cosa alguna con más elegantes vestidos, ya también porque nunca tomé la pluma para escribir históricamente, sino para dar gusto, con cartas escritas deprisa, a personas cuyos mandatos no podía pasar por alto (Mártil 1989, ed. Polifemo: 527).

En 1526 Mártil murió en su adorada Granada y tal como declaró, dejó un camino abierto y lleno de posibilidades a los futuros cronistas e historiadores, motivo por el cual algunos autores le han considerado el “padre” de la crónica de Indias (Egío 2015: 124). Dicha afirmación nos parece exagerada: si bien es cierto que su texto contiene los ingredientes que después serán explotados por autores como Oviedo o Díaz del Castillo, la brevedad de su obra y su forma

8. La amistad de Sículo con Anglería queda patente en su íntimo epistolario (Marineo Sículo 2001).

epistolar dista mucho del sólido modelo humanista que alcanzó la obra de Gómara. Además, ni siquiera los cronistas castellanos tuvieron en alta estima sus escritos. A pesar de su pasión por España, fue el blanco de numerosas e hirientes críticas por parte del que fue su informante hasta su muerte y nuevo cronista de Indias a partir de 1532, el madrileño Gonzalo Fernández de Oviedo, del que nos ocuparemos a continuación.

La relación de Oviedo con el humanismo italiano fue compleja: nacido en Madrid en 1478, se formó en un entorno culto y aristocrático, trabajando como mozo de cámara del malogrado príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos. Muerto este en 1497, viajó a Italia, donde se puso al servicio del rey de Nápoles. En sus *Quincuagenas*, Oviedo rememoró con deleite sus muchos viajes italianos: “Discurrí por toda Italia, donde me di todo lo que pude a saber e leer y entender la lengua toscana, y buscando libros en ella, de los cuales tengo algunos que ha más de 55 años que están en mi compañía” (Oviedo 1853: XVIII; Gerbi 1978: 182).

A pesar de este entusiasmo inicial, Oviedo experimentó una compleja y conflictuada relación hacia Italia. La admiración que vivió en sus viajes de juventud fue acompañada de un latente complejo de inferioridad literaria que se refleja sobre todo en el rencor mostrado hacia Mártil de Anglería, su precursor como cronista real. Escrita entre 1494 y 1526, la obra de Mártil de Anglería no fue publicada en castellano, pero sí en latín y veneciano, lo cual la hizo accesible a todos los sabios europeos. Oviedo, por el contrario, nunca aprendió a escribir en latín y reconoció no ser muy ducho en ninguna lengua, fuera de la castellana (Gerbi 1978: 284).

El madrileño viajó por primera vez a las Indias en 1514, con un cargo de veedor de las fundiciones de oro de Tierra Firme. No profundizaremos en todos los avatares biográficos de este aventurero: baste recordar que fue alcalde de la fortaleza de Santo Domingo, en la Española y que cruzó el Atlántico doce veces, poniendo en riesgo su salud en cada viaje. Sus trabajos históricos fueron bien recibidos en la corte, motivo por el cual en 1532 se le nombró cronista general de Indias (Iglesia 1980: 97-112). Tres años después, en 1535, publicó la primera parte de su inmensa obra india —primeramente, titulada *General y Natural Historia de las Indias*— que continuó ampliando el resto de su vida. Pasó sus últimos años en España, desencantado de su experiencia americana y obcecado en publicar los siguientes volúmenes de su magna obra. Según Gómara (1912: 139-140), esta fue rechazada por el consejo de Indias en 1548 debido a las intrigas de su gran enemigo, Bartolomé de Las Casas.

A pesar de su curiosidad por el humanismo italiano, Oviedo tuvo que lidiar con un radical sentimiento identitario ibérico que resolvió insistiendo en la superioridad de las hazañas castellanas y en un desprecio de la erudición y la latinidad de los humanistas. Como reconoció Brading (2019: 47-48), incluso en sus textos sobre Italia, el madrileño se explayó más en los hechos de armas de los españoles que en los esplendores del renacimiento. El encono de Oviedo, sin embargo, escondía una secreta admiración y entusiasmo por la cultura italiana, cuya lengua

toscana reprodujo en varias ocasiones a lo largo de su *Historia general y natural de las Indias* (Fernández de Oviedo 1853: III, 82). A pesar de esta admiración, el madrileño no era un humanista latinista y no estaba dispuesto a emular a los humanistas italianos ni a escribir su magna obra sobre las Indias en una lengua con la que no estaba familiarizado. Decidió menoscabar el latinismo y reivindicar de forma sempiterna su carácter de testigo por encima de la formación cultural.

Apoyándose en esta supuesta superioridad, Oviedo criticó a Mártir en numerosas ocasiones, siempre enfatizando el hecho de que el milanés jamás viajó a las Indias, por lo que se tuvo que informar en Castilla. Le echó en cara estar mal informado, insistiendo en que “no pudo desde lejos escribir estas cosas tan al propio como son e la materia lo requiere”. En varias ocasiones se burló con sorna de los errores que detectó en la obra del milanés: “se engañó en esto como en muchas otras cosas que escribió, o, mejor diciendo, le engañaron los que tales le dieron a entender” (Fernández de Oviedo 1853: I, 294). Receloso ante la pulcritud y la latinidad del milanés, destacó que aunque sus textos “no careciesen de buen estilo, forzado es que se sospeche que les faltó cierta información en muchas cosas”. Como concluyó: “Menester es vivir y escudriñar con atención lo que se ha de escribir” (Fernández de Oviedo 1853: III, 562-563).

Como vemos, el madrileño dio una importancia absoluta a la experiencia de lo vivido sobre lo leído; como afirmó ya en su primer volumen (1535), había acumulado todo el saber de lo leído en “mil millares de volúmenes (...) en veinte e dos años e más que ha que veo y experimento por mi persona estas cosas, sirviendo a Dios é a mi rey en estas Indias, y habiendo ocho veces pasado el grande mar Océano” (Fernández de Oviedo 1853: I, 6). La vivencia, para Oviedo (1853: I, 10), siempre estuvo por encima de la erudición y “los elegantes estilos”, en su opinión “tan desviados de la realidad como el cielo de la tierra”⁹.

Sin embargo, contrariamente a sus preceptos, el madrileño fue el cronista de Indias que más citas grecolatinas y símiles con la cultura clásica incluyó en sus obras (Benat-Tachot 2016: 129). En este sentido, su obra se asemeja a la de Mártir de Anglería. Sorprende enumerar la cantidad de referencias clásicas incorporadas por el madrileño en unas pocas páginas (1853): César, Plutarco, Justino y Salustio (360), las *Décadas* de Tito Livio (412-413), Séneca (366), Diodoro de Sicilia (372), Flavio Josefo (*De bello judaico*) (413), Salustio, Cicerón (412) y Petrarca (184), por mencionar solo algunos de los nombres más citados. Quizás esta exhibición de erudición enciclopédica se deba a la conciencia

9. Oviedo usó el mismo argumento que usaría Bernal Díaz del Castillo: suplir la falta de cultura con su calidad incontestable de testigo. Díaz del Castillo reconoció que mientras escribía su crónica, leyó la obra de Gómara y se desmoralizó ante la superioridad del estilo del soriano: «vide su policía, y estas mis palabras tan groseras y sin primor, dejé de escribir en ella, estando presentes tan buenas historias». Decidió, sin embargo, retomar su texto, al entender que los cronistas que habían escrito desde Castilla nunca vieron, «ni entendieron», el Nuevo Mundo (Díaz del Castillo 2011: 70-72).

de poseer una cultura insuficiente (Iglesia 1980: 66) y al temor ser considerado como un “bárbaro” o “iletrado” español, como habían escrito Boccaccio, Lorenzo Valla y sobre todo Guicciardini, al especificar que los españoles “non sono volti alle lettere” (Gerbi 1978: 286).

Amante de la cultura italiana, pero resentido contra el latinismo de los humanistas, el conflicto interior de Oviedo se palpa en múltiples páginas. El cronista madrileño llegó a insinuar que Mártir escribía en latín para que sus errores y mentiras no fuesen detectados tan fácilmente, pues si sus obras “si se escribieran en la lengua de los que lo avemos visto, quedaran infamados por mendaces” (Fernández de Oviedo 1853: IV, 589-590). Sus citas a Mártir evidencian que el madrileño tenía a mano su obra mientras redactaba la suya. El ejemplar que usó fue, muy probablemente, la versión en latín publicada por Nebrija en 1511 y titulada *De Orbe Novo*. Teniendo en cuenta que Oviedo no tenía un buen conocimiento del latín, podemos imaginar el sentimiento de frustración que sintió al tratar de emular una obra que ni siquiera entendía con claridad. He aquí el origen de su aversión.

Como apuntó Antonello Gerbi, el resentimiento de Oviedo obedecía a la envidia no solo en lo literario, también en lo personal: Oviedo se lamentó muchas veces de sus precarias condiciones económicas, mientras que Mártir gozaba del favor real y de todo tipo de beneficios eclesiásticos en Castilla (1978: 289). Además, en más de una ocasión, Mártir de Anglería se refirió con desdén sobre el jactancioso Oviedo, que fue inspector de minas y ejerció como su informante en sus estancias en Castilla: “cierto Gonzalo Fernández de Oviedo, magistrado regio de los que en España llaman veedor, se jacta de haber entrado más adentro en el terreno”.¹⁰

El resentimiento de Oviedo se extendió de Pedro Mártir a Francisco López de Gómara, humanista y latinista español muy superior a él en formación que, sin embargo, tampoco había viajado a América. En 1556, Oviedo aludió al desconocimiento del soriano sobre América y recordó que él había escrito su texto “no desde Gómara, u otro de los de España, sino de las mismas Indias” (Avalle-Arce 1974: 464-465).¹¹ También arremetió contra el cosmógrafo portugués Ruy Falero por su excesiva formación humanística: “como era subtil y muy dado a sus estudios, por ellos (...) perdió el seso y estuvo muy loco” (Fernández de Oviedo 1853: II, 9). Similares argumentos usó para retratar al cronista de

10. En su década tercera se refirió al madrileño como «cierto Gonzalo Fernández de Oviedo, magistrado regio de los que en España llaman veedor, se jacta de haber entrado más adentro en el terreno» (Mártir de Anglería 1989, ed Polifemo: 202).

11. Por su parte Gómara elogió el «estilo» de la obra de Pedro Mártir pero criticó la poca claridad de la misma y el hecho de que no la tradujese al castellano: «escribió muchas cosas de Indias en latín, como era cronista de los Reyes Católicos; algunos quisieran más que las escribiera en romance, o mejor y más claro. Todavía le debemos y loamos mucho, que fue el primero en las poner en estilo» (Gómara 2021: 94).

Carlos V, el siciliano Bernardo Gentile, al que consideró un autor de latinidad y tratados “de buen estilo” (el clavo de siempre, opinó Gerbi) pero igualmente desinformado (Gerbi 1978: 293; Oviedo 1853, III: 562).

Quizás, junto a Mártir, el mayor blanco de su desprecio fue el historiógrafo oficial de Fernando el Católico, el italiano Lucio Marineo Sículo, al que llamó “novelero” y de quién se burló (otra vez) por haber escrito sobre las Indias “sin verlas” o quizás habiendo viajado a ellas “entre sueños, y digo entre sueños porque, aunque durmiendo hablarla, no pudiera decir tan al revés de la verdad lo que dixo”. Como concluyó Oviedo: “Ni los romanos nunca supieron destas partes, ni el Sículo tal ha visto escripto: los españoles sí” (Fernández de Oviedo 1853: III, 145-146).

Estos son sólo algunos ejemplos del desprecio torrencial, indiscriminado y sañudo del madrileño por los humanistas italianizantes que escribieron sobre América desde la comodidad europea. En conclusión, podemos afirmar que el caso de Oviedo es muy representativo de la rivalidad entre los cronistas castellanos y los humanistas italianos, una rivalidad que en su caso se transmite con un nacionalismo agresivo y portador de un claro sentimiento de inferioridad. El madrileño heredó del milanés el tono providencialista, las referencias a los clásicos y los ejemplos heroicos de voluntad individual, pero entre viaje y viaje, fabricó una obra demasiado inflada y enrevesada. Si marcó tantas distancias con respecto a su predecesor, fue más por resentimiento que por voluntad estilística.

El caso de Gómara, que analizaremos a continuación, es bastante diferente. Su modelo —tan admirado como envidiado— fue el milanés Paolo Giovio, a través del cual el soriano pudo encontrar la inspiración ciceroniana: una sustancia narrativa no interrumpida que exhibía un efectismo y una claridad expositiva heredados de los clásicos. En este caso, el conocimiento del latín y de la historiografía clásica marcó la diferencia con los cronistas testigos y permitió al soriano escribir la historia más famosa de las Indias (Jiménez 2001: 179; Cochrane 1985: 366).

Giovio y Gómara: el modelo envidiado y admirado

Poco antes de morir, el milanés Paolo Giovio (1483-1552) expresó su desasosiego por no poder terminar las lagunas su monumental *Delle istorie del suo tempo di mons*, en parte perdidas o destrozadas durante el saco de Roma de 1527 (Chabod 1990: 205). En el segundo volumen de dicha obra, el milanés describió aquella jornada sangrienta provocada por los vecinos del oeste y del norte —“gli spagnoli e gli tedeschi”— que entraron en la ciudad, “crudelissimamente”, profanaron y saquearon —“lordarono e misero a sacco”— los templos, “entrarono in Roma contra i miseri cittadini” y “usarono tutti gli esempi di crudeltà & d’avaritia”. Giovio expresó la tristeza que se apoderó de él al rememorar dicha jornada: “L’animo tutto mi si raccapriccia a volere raccontare le miserie e i

tormenti de Barbari, i quali essi adoperarono nell popolo, già vincitore di tutte le nationi. Perche queste cose ne raccontare, nè udir si possono senza molte lagrime” (Giovio 1608: II, 16).

Giovio tenía sobrados motivos para recordar con pesar dicho evento: el centro de su vida espiritual fue la Roma del renacimiento y su objetivo vital fue la escritura de su gran obra con la que alcanzaría la inmortalidad de Cicerón. Había ejercido como médico en Como y como catedrático en la Roma del papa León X. En 1517 empezó a trabajar con Giulio de Medici, futuro papa Clemente VII, quien le promovió como obispo de Nocera en 1528. Vivió el resto de su vida entre lujos, buenos vinos, carnes ricas y cortesanas “de senos redondeados” (Chabod 1990: 208; Lafaye 2005: 207). Como colofón a esta vida hedonista, construyó un palacio en la ribera del lago Como y lo convirtió en un museo que aún hoy se visita.

Conocedor del talento y la fama del milanés, Carlos V se esforzó por atraer sus servicios como cronista, pero Giovio no aceptó: a pesar de que admiraba al emperador, despreciaba a los españoles desde el mencionado saco de Roma (Muñoz Machado 2012: 305). En 1531 publicó el libro más importante sobre el imperio otomano: *Commentarius Rerum Turcicarum* (traducido al italiano como *Commentario de le cose de' Turchi* en 1541). Pocos años después, en 1546, terminó la colección de retratos más famosa de su tiempo: *Elogia virorum litteris illustrium*. Con estos dos textos se había convertido en el historiador más famoso de su tiempo (Chabod 1990: 205-227). Además, fue el primero en elaborar una historia universal en la que los acontecimientos orientales del imperio Otomano tenían una importancia fundamental: *Historiae sui temporis* (1608). Tanto sus *Istorie* como sus *Elogi* revelan que el autor se interesaba por los secretos, entrevistaba a sus personajes y, a pesar de su fama de venal y mercenario de las letras, no se guardaba las críticas y los dardos envenenados. En sus *Lettere* confiesa que no puede evitar ser elogioso con un enemigo como Barbarroja y crítico con algunos de sus amigos; en sus *Istorie* reprobó la política indecisa y errática de Clemente VII (Giovio 1608: II, 300-301).

A lo largo de su obra, Giovio confeccionó una obra extensa y heterogénea pero dividida en capítulos cortos y de estilo deleitoso. En sus *Istorie* criticó la ambición desmedida y “la locura” sin sentido del reinado de Carlos V y de la Francia de Francisco I, que luchaban entre sí pero negociaban con el enemigo turco: “la pazzia de’ Prencipi Christiani, i quali mentre che sono in guerra e in odio tra loro, usano talmente rispetto a Turchi” (Giovio 1608: II, 269). Al mismo tiempo elaboró los *Elogi*, una serie de retratos apologéticos de los monarcas, príncipes y caballeros de su tiempo. En dicho texto, abogó por la paz entre los príncipes cristianos ante el enemigo musulmán.¹²

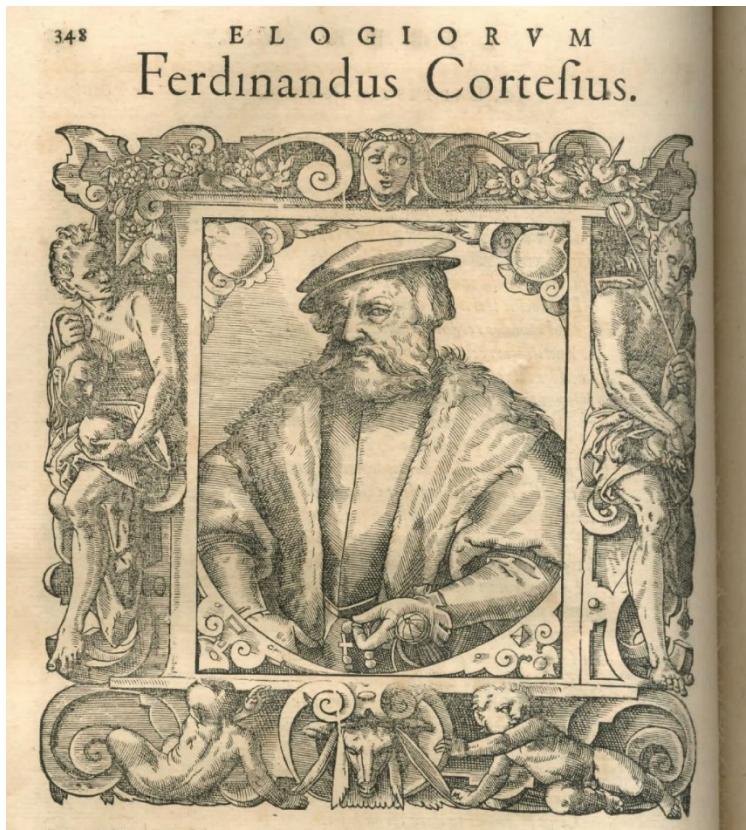
12. Especialmente apologéticos son los retratos de Carlos y Francisco en sus Elogios. Véase: Giovio 1568: 206a, 206b, 194a, 194b.

Su juicio sobre los castellanos no fue tan visceral como el de Guicciardini, pero arrastró el doloroso recuerdo de la terrible experiencia de 1527: definió España como una “belicosa nazione”, constructiva en América pero destructiva en Europa. Elogió el “elegante” relato de su compatriota “Pietro Martire” y comparó las hazañas de “Ernando Cortese” —vencedor en “Temestitán”— (Giovio 1608: II, 393) con las de los “ilustri heroí”, afirmando que ameritaban perpetua fama, pues fueron tan gloriosos y elocuentes de ingenio como “gli antichi Greci” (Giovio 1608: II, 397). Como afirmó, en su deseo de gozos y de oro, los españoles fundaron colonias en el Nuevo Mundo mientras que, en Europa, contrariamente a sus designios, “facevano nascer guerre di guerre” (Giovio 1608: II, 681). Como vemos, el tono no es tan apologético como el de Mártil y Oviedo; Giovio se ciñó más al modelo de Plutarco, quién en su prólogo a la vida de Alejandro Magno definió sus objetivos a la hora de retratar a un personaje: “penetremos con preferencia en los signos que muestran el alma y que mediante ellos representemos la vida de cada uno, dejando para otros los sucesos grandiosos y las batallas (Plutarco 2007, ed. Cátedra: 61). El milanés se centró en retratar el alma de sus personajes, no en ensalzar sus hazañas.

Siguiendo los consejos de Giovanni Pico della Mirandola, Giovio imitó no solo el método de Plutarco, también la prosa de Tito Livio, la sobriedad de Salustio y la sutilidad de Tácito. Sus retratos tienen, además, el ritmo ágil y la estructura concisa y fraccionada heredada de las “vidas” de Suetonio. El resultado fue una obra excelsamente estructurada y dividida en capítulos breves en los que no faltan los ingredientes del humanismo italiano: el afán de veracidad, el tono político, la voluntad del héroe, las referencias al mundo grecolatino y los grandes discursos. Por su método biográfico e historiográfico, Giovio es el historiador italiano del siglo XVI que más debe a los clásicos. Hemos de señalar también el marcado carácter providencialista de su obra: en los Elogios, las expresiones del tipo “por la gracia de Dios” aparecen en casi un centenar de ocasiones (Giovio 1568).

Al igual que Oviedo y Gómara, el milanés buscó los paralelismos entre la gesta de Hernán Cortés y la de Julio César y comparó la adoración de ídolos y los sacrificios de los indígenas con los que “según César escribe que lo hacían los Druidas para aplacar sus dioses” (Giovio 1568: 196b). En sus *Elogios o Vidas breves de los caballeros antiguos y modernos*, primeramente, aparecida en latín en 1546 y ampliada en 1551, se basó en las cartas de Cortés y en el texto latino de Pedro Mártil de Anglería, quien también comparó la aventura de Cortés con la de César (Mártil de Anglería 1945, ed. Secretaría de Educación Pública: 27; Giovio 1568: 196-198). Giovio celebró al capitán extremeño, pero no ocultó el infierno que sufrió tras la conquista y afirmó que no pudo gozar mucho “de la gobernación de tan gran tierra”, ya que fue “por embidia de tantas riquezas llamado a España” (Giovio 1568: 198a). No obstante, Giovio ofreció algunos datos interesantes que presenció como testigo,

como la descripción de los embajadores indígenas de Tenochtitlán ante el papa Clemente VII, y sobre todo el retrato que un Cortés ya envejecido le envió antes de morir: “murió en su casa, no muy viejo, poco después de que aberme embiado su retrato, para que lo pusiesse en mi Museo, entre los varones Illustres” (Giovio 1568: 198b). Dicho retrato, cuyo original está perdido, fue reproducido en la versión latina del *Elogia virorum bellica virtute illustrium* (1575: 348). La fama del milanés le hizo merecedor de uno de los pocos retratos existentes del conquistador.



Paolo Giovio, *Elogia virorum bellica virtute illustrium*, Basilea,
Imprenta de Petri Pernae, 1575, p. 348.

Como vemos, la influencia de los clásicos grecorromanos fue decisiva a la hora de retratar las hazañas de los héroes sin callar las derrotas y desgracias. He aquí las virtudes de su obra, que también son las de la crónica de Francisco López Gómara. El carácter inquieto, curioso e ingobernable de Giovio fue similar al del soriano, autor del que nos ocuparemos a continuación.

Nacido en 1511 en la villa de Gómara, se formó en ambientes humanistas españoles y pasó varios años en Italia: estuvo en Roma en 1531¹³ y residió intermitentemente en Bolonia hasta 1538. En dicha ciudad, estudió en el Colegio de San Clemente, también llamado “colegio de los españoles” y definido por Jacques Lafaye (2014: 151) como “una fortaleza del espíritu españolista (frente a italianos afrancesados)”. En 1539 se estableció en Venecia, en el palacio del humanista Diego Hurtado de Mendoza, que como comentaremos más adelante, fue un auténtico foco cultural de artistas y escritores (Jiménez 2001: 81-93).

En 1541, Gómara regresó a España y escribió de forma torrencial sus libros más importantes. En 1552 publicó su obra maestra: *Historia de las Indias y conquista de México*, un mural de la conquista americana dividido en dos partes y prohibido un año después debido a varios factores entre los que destacan las intrigas de Las Casas (tan sañudo como en el caso de Oviedo) y las peligrosas ambiciones novohispanas de su mecenas, el heredero de Hernán Cortés (Bataillon 1956: 81). A pesar de su prohibición, dicha obra estaba destinada a convertirse en uno de los relatos sobre la conquista más leídos, atacados y plagiados del siglo XVI y XVII.

En su relato, sin embargo, los italianos no salen bien parados: denigró a Cristóbal Colón —“no era doto”—, y afirmó que no tuvo la ciencia para llegar a las Indias, sino que tuvo la suerte de topar con un piloto español que “por fortuna de la mar las halló” (López de Gómara 2021: 41). También minusvaloró los viajes de Américo Vespucio: “navegó mucho; pero también sé que navegaron más Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díez de Solís yendo a descubrir las Indias” (López de Gómara 2021: 176). Como vemos, se empeñó, por encima de todo, en dar protagonismo a los castellanos: por ello dedicó la segunda parte del libro a las hazañas de quien fue, según él, el modelo ejemplar de lo que debería ser un conquistador: Hernán Cortés:

(...) por cuanto él hizo muchas y grandes hazañas en las guerras que allí tuvo, que, sin perjuicio de ningún español de Indias, fueron las mejores de cuantas se han hecho en aquellas partes del Nuevo Mundo, las escribiré por su parte, a imitación de Polibio y de Salustio, que sacaron de las historias romanas, que juntas y enteras hacían, éste la de Mario y aquél la de Escipión (López de Gomara 2021: 98).

Basta una lectura superficial para comprobar que la historia de la conquista del soriano está llena de rasgos italianizantes presentes en la obra de Giovio: la pretensión de veracidad, la voluntad y el heroísmo, los grandes discursos,¹⁴ las entrevistas a los testigos, la imitación del modelo biográfico de autores

13. En los *Anales de Carlos V* hay dos referencias en las que el clérigo señala su estancia en Roma en el año de 1531 (López de Gómara 1912: 204, 223)

14. Glen Carman contabilizó catorce discursos de más de cien palabras solamente en la segunda parte de su obra, *Conquista de México* (Carman 2006: 117).

como Polibio, Salustio, Plutarco y Suetonio y un marcado sentido providencialista de la historia.¹⁵

En este sentido, el modelo de Gómara también fue Pedro Mártir de Anglería, autor que se ganó el favor de los monarcas castellanos legitimando la posesión de las nuevas tierras y aludiendo a la voluntad divina. Al igual que Mártir de Anglería, Gómara dedicó su obra al emperador Carlos V, ensalzando la conquista castellana como el mayor acontecimiento histórico: “la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crio, es el descubrimiento de Indias; y así, las llaman Mundo Nuevo” (López de Gómara 2021: 13). El tono providencial recuerda mucho al de Mártir de Anglería. Sin embargo, a diferencia del milanés que escribía con prisa y sin reparo, el soriano dedicó todo su tiempo a la escritura de su más preciada obra.

Los parecidos con la obra de Giovio son múltiples y su influencia queda patente en dos obras posteriores que Gómara no pudo publicar en vida: *Las Guerras del mar de sus tiempos* y los *Anales del emperador Carlos V*. En la primera, el soriano criticó al milanés por no hacer memoria “de lo que los nuestros han hecho por mar contra moros (...) Y que esto se muestra en poner mal los nombres de lugares, linajes y personas” (López de Gómara 2000: 53-54). El pasaje más interesante sobre Giovio es el que escribió en sus *Anales*, en el capítulo correspondiente a 1544. La traducción de Merriman no es del todo satisfactoria, así que en este caso acudiremos al manuscrito original, ubicado en la Biblioteca Nacional de España:

En este año cerró su historia Paulo Jovio, que si fuera tan sencillo como curioso, av(r)ia escrito bien; y aún con todo esso es grande estoriador de los errores, sin las malicias que de las cosas de nuestra tierra y hombres tiene, se puede hacer grande número.¹⁶

A pesar del carácter de borrador del texto, vemos que Gómara expresa una mezcla de admiración y recelo por la obra del milanés. Admira el estilo y la curiosidad, pero le echa en cara la falta de sencillez; “con todo”, concluye, es un gran historiador de los errores españoles, sin caer en las malicias tan numerosas en las obras de otros italianos (¿Se refería a Guicciardini?).

15. Como veremos, Gómara citó a Giovio en varias ocasiones en obras posteriores. Llama la atención, sin embargo, que el soriano no citó a su máximo referente en su obra americana, y sí a otros italianos como «Galeotto de Narni» y «Juan Pico de la Mirándola». A ambos les retrató con sorna, acentuando sus errores en un estilo sarcástico muy similar al usado por Oviedo: a Mirándola le denominó «caballero doctísimo» para subrayar a continuación que sustentó ante el papa algo tan absurdo como la imposibilidad de que hombre ninguno viviera «debajo la tórrida zona» (López de Gómara 2001: 21).

16. Véase en el catálogo de la Biblioteca Nacional de España: Manuscritos. Papeles tocantes al Emperador Carlos V entre 1501 y 1700, signatura: MSS/1751, p. 66a.

Cabe preguntarse dónde pudo acceder Gómara a la obra de Giovio. Hay varias pistas al respecto: pudo ser en su estancia en Roma (López de Gómara 1912: 204, 223) o en Bolonia (Jiménez 2001: 53-63), pero nuestra hipótesis es que fue en Venecia, donde como apuntamos, se estableció a partir de 1539, invitado por el humanista y embajador Diego Hurtado de Mendoza, granadino de alta alcurnia, discípulo de Pedro Martir y amante del árabe, el latín, el griego y el italiano (Jiménez 2001: 81-93). Mendoza, de carácter aventurero a la par que erudito, había dedicado su ocio al estudio de los clásicos en universidades como la de Bolonia y Padua.¹⁷ Carlos V le confió la embajada de Venecia, donde se estableció en un palacete al que fueron invitados hombres tan ilustres como Tiziano y el Aretino (Lafaye 2005: 222-223). Sabemos que el propio Giovio estuvo en casa del embajador Mendoza, en cuya biblioteca poseía una extensa colección de autores griegos y romanos (González Palencia 1941: 174, 227, 235, 236 y 237; Jiménez 2000: 36).

Antes de morir, Mendoza donó sus libros a Felipe II y estos constituyeron el fondo griego de la biblioteca de El Escorial.¹⁸ Varios de estos ejemplares se editaron antes de 1540, por lo que perfectamente pudieron ser consultados por Gómara en su estancia veneciana. Entre estos, figuran las obras de Tito Livio, Plinio, Suetonio, Tácito, Tucídides, Flavio Josefo, los *Discursos* y *De Oratore* de Cicerón, Maquavelo, Pietro bembo, Luis Vives y, como era de esperar, las *Vidas de varones ilustres* y el *Comentario de las cosas de los Turcos*, de Giovio (Craux 1880: 163-196, 359-386).¹⁹

Según Merriman (1912: XXXIV), la familiaridad de Gómara con la obra de Giovio es tan palpable que es posible que se conociesen en persona en Roma, mientras que el milanés era empleado del papa Clemente VII y Gómara visitó la ciudad en 1531. Nora Edith Jiménez (2000: 36) apuntó los derroteros cruzados entre ambos personajes: la coronación de Carlos V en Bolonia (1530), la curia de Clemente VII y, de nuevo, la casa veneciana de Diego Hurtado de Mendoza. En 1912, Merriman (1912: XXXI-XXXVIII) especuló que el soriano pudo tener en sus manos la *Historiarum sui temporis*, de Giovio, publicada en Florencia en 1552. Hoy lo podemos corroborar, porque mencionó dicha obra en sus *Guerras del mar* (López de Gómara 2000: 55). Las obras del soriano denotan la influencia directa del milanés de principio a fin, hasta el punto de que, según el citado norteamericano, se aproxima a los límites del

17. Su obra más notoria fue la *Guerra de Granada*, que escribió tras ser desterrado por Felipe II por una disputa palaciega. Durante muchos años se le atribuyó la autoría del *Lazarillo de Tormes*. Véase Rodríguez López-Vázquez (2018: 141-151).

18. Como expuso el cronista Juan Páez de Castro (1510-1570) en su recomendación al rey Felipe II, la recuperación e imitación de los textos romanos conllevaría un resurgimiento cultural. Véase Páez de Castro (2003).

19. Véase también el apéndice «Inventario de la testamentaría», en la obra: González Palencia (1941: 484-572).

plagio.²⁰ No obstante, Gómara mantuvo su independencia y trató de contrastar los textos del milanés y acudir a las fuentes originales. El conocimiento de la historia italiana es el punto fuerte de sus *Anales*, que son también un reflejo de la enemistad entre los españoles y los italianos.

No es este el lugar para profundizar en el análisis la obra póstuma de Gómara, pero no cabe duda de que un análisis comparativo entre los *Elogios* de Giovio y los *Anales* del soriano arrojaría luz sobre la mirada italiana sobre el Imperio español y el revanchismo castellano contra la cuna del Renacimiento. Baste señalar que el soriano no pudo terminar sus *Anales*, una obra tejida con un plan semejante al de su némesis: narrar la historia universal de su tiempo con los recursos del humanismo italiano, pero desde el punto de vista de un castellano patriota del Imperio Español.

Como hemos visto, Giovio compartió con Gómara la admiración por los héroes antiguos y modernos. La diferencia fundamental entre sus obras es que la del milanés está escrita en un latín ciceroniano, lengua vehicular que favorecía la difusión en el señorío humanista europeo. Gómara escribía para los castellanos en un estilo pulcro y mucho más sincero y visceral, que le granjeó demasiadas enemistades; recordemos que su obra fue prohibida en 1553 y que autores como Bartolomé de Las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo y Bernal Díaz del Castillo le criticaron sin piedad. Al final de su vida, el soriano se basó en la excelsa colección de *Elogios* del milanés para escribir sus *Anales del emperador Carlos V*, entre los que elaboró retratos viscerales de monarcas como Enrique VIII (250-51) y Francisco I (251-54); del hereje Martín Lutero (247-48) y del impetuoso César Borgia (176-77). En su obra hay muchas más críticas que elogios hacia Carlos V, el monarca al que aspiraba a servir. Sorprende, sin embargo, la admiración que destila a la hora de describir a los más fieros enemigos del imperio, como el gran turco Selim I (202-03) o los hermanos Barbarroja (46, 58 y 127).²¹ Que su obra más leída sea una apología de un personaje tan incómodo para el emperador como Hernán Cortés, explica su mala fama y su infortunio en la corte.

Como hemos visto, autores como Merriman o el citado Lafaye han especulado sobre la hostilidad del malogrado soriano hacia el célebre milanés. Hemos de recordar aquí que Gómara no fue un hombre afortunado: pese a todos sus esfuerzos y a su insigne obra como historiador, su libro principal fue prohibido y el soriano nunca consiguió ser nombrado cronista real. A diferencia de Giovio, crítico pero venal y elogioso cuando era necesario, Gómara fue un autor visceral e implacable frente a la política de prodigalidad de Carlos V con los extranjeros.

20. Sobre todo, en los pasajes de la muerte de George Dozsa (Jorge Seguel), en la descripción de las campañas egipcias de Selim (Merriman 1912: XXXIV).

21. Gómara pagó cara su admiración por personajes tan incomodos como Cortés y Barbarroja y fue consciente de ello: un prólogo de 1545 reconoció que sus cercanos le desaconsejaban escribir sobre dichos temas y menos aún enviar el texto a impresión (López de Gómara 1989: 14).

Gracias a su éxito (y a sus contactos), el milanés fue el historiador más afortunado de su tiempo y consiguió todo lo que le fue negado al soriano: vivió una vida veinte años más larga y mucho más próspera. Obtuvo incluso un retrato de Hernán Cortés, que el conquistador nunca envió a ningún otro historiador.

Creemos, no obstante, que la hostilidad anti italiana de Gómara no fue tan enquistada a la que sintió Oviedo. La diferencia radica en que Gómara simplemente fue un escritor infortunado que luchó por demostrar su valía. La raíz de la actitud de Oviedo tiene que ver con el carácter castellano ciertamente “bullicioso” y aguerrido —como lo mencionó Mártir de Anglería— que en su caso desembocó en un patriotismo ibérico y en una jactancia bélica ciertamente prejuiciosa contra los hombres de letras y latinistas, más aún si estos escribían sin haber visitado América. En Oviedo (como después pasó con Bernal Díaz del Castillo) el sentimiento de inferioridad intelectual es latente y está claramente expresado;²² Gómara, sin embargo, es un caso más complejo. El cronista soriano aspiró a escribir una épica orgullosamente castellana con los recursos retóricos del humanismo italianizante y realmente lo logró: su *Historia de Indias y conquista de México* es la obra mejor estructurada, la mejor narrada y la más fácil de leer de entre todas las que se escribieron sobre el tema en el siglo xvi, y ello explica el éxito que tuvo. A pesar de que fue prohibida en 1553 y en 1566, fue leída, usada como base y plagiada por autores tan distintos y alejados geográficamente como los mestizos Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y el Inca Garcilaso de la Vega, el italiano Girolamo Benzoni, el francés Michel de Montaigne y los castellanos Bernal Díaz del Castillo, Juan Ginés de Sepúlveda, Juan Suárez de Peralta, José de Acosta, Juan Cano, Alonso de Zorita, y Antonio de Herrera, entre otros (Jiménez 2001).

Conclusiones

Tanto Oviedo como Gómara descubrieron una Italia esplendorosa, llena de ciudades como Venecia, Florencia, Roma o Nápoles, que aún hoy deleitan al mundo entero, y en las que genios como Buonarroti, Cellini, Palladio o Tiziano estaban llevando a cabo algunas de las obras maestras más célebres de la historia. El madrileño Oviedo reflejó su admiración juvenil, pero en el tintero de Gómara no cupo ni una sola línea de reconocimiento hacia el país trasalpino. De hecho, el soriano no nos dio ninguna pista sobre su sentir hacia la cultura de Italia.

El francés Jacques Lafaye se preguntó si acaso fue ciego ante el máximo esplendor artístico de la Europa coetánea; o fue quizás rencoroso contra los petu-

22. Recordemos que Bernal Díaz del Castillo (2011: 70) se distanció del modelo humanista, reconoció su desconocimiento del latín, rechazó la elocuencia y la elegancia retóricas y reivindicó el carácter testimonial y «verdadero» de su obra.

lantes y jocosos italianos, que con seguridad lo ridicularizaron por su pronunciación latina o italiana, por su indumentaria o simplemente por ser un bárbaro español. Su actitud fue la contraria a la de tantos jóvenes enamorados de Italia que hasta afectaban acento toscano a su regreso a España. Y sin embargo, concluyó el francés:

(...) toda su obra rezuma el clima intelectual de la Italia renacentista: la imitación y emulación de los antiguos romanos, según recomendara Pontano, el realismo político y el énfasis de Maquiavelo sobre la guerra, la exaltación de la lengua nacional iniciada por el Bembo, el maravillarse frente al universo y la capacidad del hombre, en pos del florentino Manetti... incluso su xenofobia antiitaliana es una forma de corresponder a la xenofobia antiespañola de Giovio (Lafaye 2014: 107).

Como hemos visto, a pesar de que Gómara no mostró los engranajes de su método historiográfico, este bebió directamente del modelo humanista italiano. Podemos afirmar que la clave que explica el éxito póstumo de su obra es que el soriano, a diferencia de Oviedo, se formó en instituciones humanísticas, en especial el colegio de San Clemente de Bolonia, donde conoció a otro de sus mentores: Juan Ginés de Sepúlveda (Molina Villeta 2025). Esta sólida y prolongada formación le hizo especialmente sensible a las pautas clásicas de construcción historiográfica.

Tras haber analizado ambas obras, podemos afirmar que las crónicas de Gonzalo Fernández de Oviedo y de Francisco López de Gómara son muy representativas de la rivalidad entre los cronistas castellanos y los humanistas italianos. Ambas muestran la influencia que el modelo italiano tuvo en la crónica castellana. Sin embargo, el madrileño y el soriano reflejan actitudes muy distintas: en Oviedo vemos una rivalidad enquistada por un complejo de inferioridad cultural y un orgullo patrio cimentado en la gloria de una conquista imponderable. En Gómara también está la jactancia por la expansión imperial providencial superior a la de los Romanos, pero en su obra no hemos detectado un atisbo de amargura o queja contra los cultos latinistas, ni rastro del resentimiento saldado con la experiencia testimonial. El soriano quiso superarse a sí mismo y competir con los máximos exponentes de la historiografía europea. Por ello asimiló, emuló y dialogó directamente con la obra de Paolo Giovio, el historiador más célebre y acreditado de su tiempo.

En este trabajo hemos desentrañado los modelos humanistas de dos de los cronistas castellanos más influyentes y la difícil relación que establecieron con sus precursores Pedro Mártir de Anglería y Paolo Giovio. Ha sido importante poder especificar dónde y en qué contexto leyeron a sus némesis italianos. Gracias al análisis de sus obras y al estudio de sus contextos hemos podido comprobar el distinto origen y proyección del sentimiento antiitaliano de ambos cronistas y su proyección en sus métodos historiográficos. En el caso de Oviedo, hemos comprobado que su fobia se extendió desde Pedro Mártir a otros autores

italianos y castellanos con un doble denominador común: conocían el latín pero nunca estuvieron en América. Gómara, por su parte, pudo envidiar a Giovio y detestar a los italianos, pero aprendió y emuló su modelo gracias a sus estudios en Bolonia y al acceso que tuvo a los libros más importantes en el palacio veneziano de diego Hurtado de Mendoza.

Las obras de Oviedo y Gómara recogieron de distinta forma los preceptos humanistas y el sentimiento patriótico, uno de los rasgos más visibles de la mentalidad renacentista. Ambos autores resaltaron la misión providencial de España como pueblo elegido para llevar a cabo la magna tarea de la evangelización del Nuevo Mundo (Valcárcel Martínez 1989: 7-24). Ambos se mostraron muy interesados en los saberes librescos, aunque Oviedo los despreciara para reivindicar su yo testimonial. De la misma forma, ambos imitaron a los clásicos greco-romanos y declararon que España había superado la gloria de los héroes antiguos. Una de las diferencias más claras radica en el método: Oviedo citó a los clásicos forma constante; Gómara apenas los citó, pero imitó el modelo, la estructura y los objetivos. En este sentido, el soriano fue el autor más propiamente humanista y el más italianizante. Como afirmó Simón Valcárcel (1989: 17), “es difícil encontrar en el panorama del Renacimiento español una personalidad humanista tan claramente consciente de la importancia histórica del descubrimiento de América”.

Al igual que Miguel de Cervantes y Francisco de Quevedo, Oviedo y Gómara escribieron en castellano pretendiendo ennoblecer la lengua y “vengar en parte la afrenta que a nuestra nación hace tanto libro de mentiras como hay en España” (López de Gómara 1989: 18-19). En dicha declaración, el soriano resumió el mesianismo nacionalista que caracterizó las crónicas de Indias posteriores y la narrativa del llamado Siglo de Oro español. En su obra cristaliza el verdadero enemigo al que se enfrentaban buena parte de los cronistas e historiadores: la naciente leyenda negra, que desde Italia se expandiría por todo Europa.

Como hemos visto, el relato del descubrimiento y la conquista que llegó a América y que se reiteró a lo largo de los siglos llevó la huella indeleble del humanismo italiano y por sus características, puede insertarse plenamente en el conjunto de la historiografía del Renacimiento. Aunque ya quedaron superadas las visiones de Jacob Burckhart y John Addington Symonds sobre la existencia de un único movimiento humanista iniciado en Italia que iluminó la Europa medieval, los ejemplos tratados en este trabajo demuestran que la imitación del modelo italiano fue esencial en la composición de las crónicas imperiales castellanasy (Burckhart 2004; Symonds 2004).

Podemos concluir que, a través de las crónicas de Indias de Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Francisco López de Gómara, el modelo historiográfico propio del ámbito mediterráneo fue proyectado en la crónica castellana, y a través de esta, en el relato del Nuevo Mundo. En este sentido, tanto Oviedo como Gómara fueron un nexo entre la historiografía del renacimiento y la crónica novohispana.

Sería interesante ahondar más en la intensa relación que une la obra de Gómara con la de Giovio. En este trabajo hemos examinado los textos originales de ambos y nos hemos percatado de otro rasgo común: la concepción global de la historia que poseían y su intento de tejer un diálogo trasatlántico entre el ámbito americano, el europeo y el mediterráneo. No es este el lugar para profundizar en estas cuestiones, baste apuntar el innegable interés que supondría realizar un estudio comparativo entre los *Anales del emperador Carlos V* y las obras del milanés. Es imprescindible seguir profundizando en las relaciones de Italia y la Monarquía Hispánica durante el siglo XVI, para entender el origen multicéntrico de un relato que, lejos de poseer una naturaleza exclusivamente “castiza”, se nutrió directa o indirectamente de los autores clásicos y renacentistas milaneses, florentinos, sicilianos, romanos y de otros muchos pueblos de Italia y España.

En 1942, Ramón Iglesia (1942: 99) apuntó con lucidez la necesidad de profundizar en el conflicto creado en las mentes renacentistas entre la veneración por la cultura antigua y el acervo de nuevas experiencias que sacudieron dicha cultura “hasta los cimientos”. No ha sido otro el objetivo de este análisis comparativo: explorar la dimensión colectiva y heterogénea subyacente a las crónicas de Indias y los conflictos inherentes a los autores, que como vimos, aprendieron del pasado para reivindicar su presente.

Bibliografía

- AVALLE-ARCE, Juan Bautista, ed., *Memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, vol. 1., Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1974.
- BATAILLON, Marcel, “Hernán Cortés: autor prohibido”, en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, México, Dirección General de Difusión Cultural, 1956, p. 81.
- BATAILLON, Marcel, *Erasmo y España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- BEMBO, Pietro y MIRANDOLA, Giovanni Pico della, *De Imitatione. Sobre La Imitación*, New York, Idea, 2017.
- BENAT-TACHOT, Louise, “Gonzalo Fernández de Oviedo y la gesta de los “cortesanos”, en *Miradas sobre Hernán Cortés*, coord. Martínez, María del Carmen, y Mayer, Alicia, Madrid, Iberoamericana-Veuvret, 2016, pp. 119-150.
- BENNASY-BERLING, Marie-Cécile, “El destino de la Historia de las Indias”, en *Historia de las Indias (1552)*, Francisco López de Gómara, Madrid, Editorial Crítica/Casa Velázquez, 2021.
- BRADING, David, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, Fondo de Cultura económica, 2019.
- BRUNI, Leonardo, *Historiarum florentini populi libri XII*, Venecia, Jacobus Rubeus, 1476.
- BURCKHART, Jacob, *La cultura del renacimiento en Italia*, Madrid, Akal, 2004.
- BURKE, Peter, *The European Renaissance: centres and Peripheries*, Oxford/Malden, Blackwell, 1998.
- BURKE, Peter, ed., *El sentido del pasado en el Renacimiento*, Madrid, Akal, 2016. Primera edición en 1969.
- CAMILLO, Ottavio di, “Humanism in Spain”, en *Renaissance Humanism*, ed. Albert Rabil, Vol. II, *Humanism beyond Italy*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1988, pp. 55-108.
- CARMAN, Glen, *Rhetorical Conquests: Cortés, Gómara, and Renaissance Imperialism*, West Lafayette, Purdue UP, 2006.
- CHABOD, Federico, *Escritos sobre el renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- COCHRANE, Eric, *Historians and historiography in the Italian Renaissance*, Chicago, 1985.
- CRAUX, Charles, *Essai sur les origines du fond grec de l'Escorial*, París, F. Vieweg, 1880.
- CRO, Stelio, ed., “Introducción”, en *De Orbe Novo*, Pedro Mártir de Anglería, Buenos Aires, Alción Editora, 2004.
- CUART, Baltasar, “La larga marcha de las historias de España en el siglo XVI”, en García Cárcel, Ricardo, *La construcción de las historias de España*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 45-126.
- DELUMEAU, Jean, *La civilisation de la Renaissance*, Paris, Arthaud, 1993.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Real Academia Española, 2011.

- EDITH JIMÉNEZ, Nora, *Francisco López de Gómara. Escribir historias en tiempos de Carlos V*, México, El Colegio de Michoacán/Conaculta-INAH, 2001.
- Egío, José Luis, "Italia y las crónicas de Indias contribuciones historiográficas al nacimiento de un género 'castizo'", en *El Greco y los otros: la contribución de los extranjeros a la monarquía hispánica, 1500-1700*, Revista Yakka, Murcia 2015.
- ELLIOTT, John H., *España y su mundo*, Madrid, Santillana, 2007.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, IV vols., Madrid, Real Academia de la Historia, 1853.
- FLETCHER, Catherine, *La belleza y el terror. Una historia alternativa del renacimiento italiano*, Barcelona, Taurus, 2021.
- FONTÁN, Antonio, *Príncipes y humanistas. Nebrija, Erasmo, Maquiavelo, Moro, Vives*, Madrid, Marcial Pons, 2008.
- GERBI, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- GIL, Luis, *Estudios de Humanismo y Tradición Clásica*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1984.
- GILBERT, Félix, *Machiavelli e Guicciardini. Pensiero politico e storiografia a Firenze nel Cinquecento*, Turín, Enaudi, 2012.
- GIOVIO, Paolo, *Delle istorie del suo tempo di mons*, vol. II, Venecia, M. Lodouico Domenichi, 1608.
- GIOVIO, Paolo, *Elogi degli uomini illustri*, Roma, Einaudi, 2006.
- GIOVIO, Paolo, *Elogia virorum bellica virtute illustrium*, Basilea, Imprenta de Petri Pernae, 1575.
- GIOVIO, Paolo, *Elogios o Vidas breves de los caballeros antiguos y modernos*, Granada, Casa de Hugo de Mena, 1568.
- GÓMEZ REDONDO, Fernando, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: El umbral del Renacimiento*, t. 1, Madrid, Cátedra, 2012.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel, *Vida y obras de don Diego Hurtado de Mendoza*, 3 vols., Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1941.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Carlos, *Homo viator, homo scribens. Cultura gráfica, información y gobierno en la expansión atlántica (siglos XV-XVII)*, Madrid, Marcial Pons, 2007.
- GONZÁLEZ, Tomás; LÓPEZ, Antonio y Ruíz, José Manuel, *La génesis del humanismo cívico en castilla: Alfonso de Cartagena (1385-1456)*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2018.
- GUICCIARDINI, Francesco, *Storia d'Italia*, Roma, Einaudi, 1971.
- HIGHET, Gilbert, *La Tradición Clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- HIGHET, Gilbert, *The classical tradition. Greek and Roman influences on Western literature*. Oxford University Press, Nueva York, 1949.
- IGLESIA, Ramón, *Cronistas e historiadores de la conquista de México: el ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1980.
- KAGAN, Richard, *Los cronistas y la Corona*. Madrid, Marcial Pons, 2010.

- LAFAYE, Jacques, *Por amor al griego. La nación europea, señorío humanista (siglos XIV-XVII)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 181-182.
- LAFAYE, Jacques, *Sangrientas fiestas del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- LETO, Pomponio, *De Romanorum magistratibus, sacerdotiis, iurisperitis et legibus*, Roma, Johannes Schurener, 1474.
- LETO, Pomponio, *Romanae historiae compendium ab interitu Gordiani Iunioris usque ad Iustinum III*, Venecia, Bernardinus Venetus, 1499.
- LIDA DE MAIKEL, María Rosa, *La tradición clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco López de, *Historia de las Indias y conquista de México*, Madrid, Biblioteca Castro, 2021.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Annals of the emperor Charles V*, Oxford, Clarendon Press, 1912.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Guerras de mar del emperador Carlos V*, Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Los corsarios Barba roja*, Madrid, Polifemo, 1989.
- MACHIAVELLI, Niccolò, *Historia de Florencia*, Madrid, Tecnos, 2009.
- MACHIAVELLI, Niccolò, *Il Principe*, Turín, Enaidi, 2013.
- MARAVALL, José Antonio, *Antiguos y Modernos*, Madrid, Alianza Editorial, 1966.
- MARINEO SÍCULO, Lucio, *De Hispaniae laudibus*, Burgos, Fridericus Biel de Basilea, 1497.
- MARINEO SÍCULO, Lucio, *De las cosas memorables de España*, Alcalá de Henares, Juan de Brocor, 1539.
- MARINEO SÍCULO, Lucio, *Epistolarum familiarium*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, Servicio de Publicaciones, 2001.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro, *De Orbe Novo*, Buenos Aires, Alción Editora, 2004.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro, *Décadas del Nuevo Mundo*, Madrid, Ediciones Polifemo, 1989.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro, *Epistolario*, en Jacobo Fitz-James Stuart, ed., *Documentos inéditos para la historia de España*, vol. IX, Madrid, Imprenta Góngora, 1953.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro, *Libros de las Décadas del Nuevo Mundo*, México, Secretaría de Educación Pública, 1945.
- MERRIMAN, Roger B., ed., *Annals of the Emperor Charles V*, Oxford, Clarendon Press, 1912.
- MOLINA VILLETA, Javier, “La destrucción de Tenochtitlan y el saco de Roma. Justificación y verdad histórica en la obra de Juan Ginés de Sepúlveda”, *Caravelle*, 124 (2025), pp. 117-138.
- MOLINA VILLETA, Javier, “Nunca griego ni romano. El modelo grecolatino en las crónicas de Indias. Tres modelos de studio”, *Bulletin Hispanique*, 126-2, (2024), pp. 309-330, 20-09-24, <<https://doi.org/10.4000/12vea>>

- NEBRIJA, Antonio de, *Gramática de la lengua castellana*, México, Academia Mexicana de la Lengua, 2014.
- NEBRIJA, Antonio de, *Gramática de la lengua castellana*, Oxford, H. Milford, 1926.
- O'GORMAN, Edmundo, *La invención de América*, México Fondo de Cultura Económica, 1995.
- PADDINGTON SYMONDS, John, *El Renacimiento en Italia*, Madrid, Akal, 2004.
- PÁEZ DE CASTRO, Juan, *Memoria a Felipe II sobre la utilidad de juntar una buena biblioteca*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2003.
- PÉREZ, Joseph, *Humanismo en el renacimiento español*, Madrid, Gadir, 2013.
- PÉREZ, Joseph, *Humanismo en el renacimiento Español*, Madrid, Gadir, 2013.
- PLUTARCO, *Vidas paralelas*, Madrid, Cátedra, 2007.
- REYNOLDS, Winston A., “Hernán Cortés y los héroes de la antigüedad”, en *Revista De Filología Española*, 45 (1962), pp. 259-271, 20-09-24, <<https://doi.org/10.3989/rfe.1962.v45.i1/4.927>>
- RÍOS SALOMA, Martín, “Una nueva historia para un nuevo mundo: los modelos historiográficos entre Italia y Nueva España”, en *El Renacimiento italiano desde América Latina*, ed. Clara Bargellini y Patricia Díaz Cayeros México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2019, pp. 413-430.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ-VÁZQUEZ, Alfredo, “Sobre la atribución de la Segunda parte del Lazarillo a Hurtado Mendoza. Algunos errores metodológicos”, en *Artifara*, núm.18 (2018), pp. 141-151.
- SALUSTIO, *Guerra de Yugurta*, México, UNAM, 1998.
- SYMCOX, Geoffrey y FORMISANO, Luciano, eds., *Italian Reports on America, 1493-1522. Accounts by Contemporary Observers*, Turnhout, Brepols, 2002.
- TALLON, Allain, *L'Europe de la renaissance*, París, Presses Universitaires de France, 2006.
- TATE, Robert B., *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970.
- VALCÁRCEL MARTÍNEZ, Simón, “Una aproximación a Francisco López de Gómaro”, *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Bresilien*, 53 (1989), pp. 7-24.
- VALDÉS, Alfonso de, *Dos diálogos*, Madrid, Imprenta de Usoz y Río, 1850.
- VALLA, Lorenzo et al., *Humanismo y renacimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- YNDURAIN, Domingo, *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, Crítica, 1994.

